



15/11/2001

# Don Enrique: ¿Continuismo?

—Cristiana Chamorro Barrios—

**E**N UN ARTÍCULO PUBLICADO EN JUNIO PASADO, QUE se titulaba "La Sucesión de Alemán", que por cierto fue ganador del "Premio SIP 2000: Excelencia Periodística", me adelanté a decir que Don Enrique Bolaños era la persona que sería designada por Alemán para ser candidato a la Presidencia de la República del Partido Liberal en el 2001.

Desde entonces, justifiqué mi análisis periodístico basándome en las siguientes informaciones comprobadas, hechos y verdades que con el tiempo se confirmaron:

1. En la cúpula liberal ha privado siempre la teoría de que entre más edad tenga el sucesor, más fácil el retorno de Alemán en el 2006. Asesores en imagen del Partido Liberal han comentado que un heredero mayor no compite con el relanzamiento del ex Presidente, quien dentro de cinco años puede hacer campaña explotando sus circunstancias de padre joven, con hijos recién nacidos en sus brazos.

2. Argumentaba también la creencia de que entre más años tenga el designado, más dependiente se vuelve del caudillo y del partido. Su mayoría de edad lo condiciona a seguir con las políticas de su antecesor y a tener prudencia en iniciativas propias.

3. Decía que en esa línea de sucesión figuras como Don Enrique Bolaños tenían más posibilidades que nadie. Además, señalaba que ante los ojos de Alemán, el ex Vicepresidente era ya un hombre probado como "un buen subordinado", porque jamás cuestionó al Presidente Alemán en su enriquecimiento personal, en políticas de gobierno o en los actos de corrupción gubernamental.

4. A todas estas verdades sumaba la respuesta de los allegados a Don Enrique cuando preguntamos: "¿por qué Bolaños no ha combatido nunca la corrupción con la energía deseable? Sus discípulos me contestaron hace más de un año: "Don Enrique no se toma riesgos, no ha querido irritar a quien va a tener la decisión final".

5. En ese artículo de junio revelé también que en círculos del capital y de opinión pública, la candidatura de Bolaños se cabildeaba desde entonces, en los siguientes términos:

Primero, como una oferta de seguridad para quienes otra vez votarían por temor a un regreso del sandinismo o Daniel Ortega.

Segundo, como un activo político importante para arrastrar votos conservadores "zancudos" que están indecisos e incómodos con el relevo generacional que ha ocurrido en el conservatismo.

Tercero, en negociaciones entre liberales el nombre de Don Enrique se presentaba como garantía de esta-

bilidad partidaria. Decían que con Bolaños en la Presidencia, el diputado Alemán seguirá gobernando desde la Asamblea Nacional con una mayoría necesaria para mantener a la burocracia liberal en sus puestos públicos. Y al mismo tiempo se argumentaba que Alemán con sus diputados podría someter al nuevo Titular del Ejecutivo, al igual que durante sus años en la Vicepresidencia.



La sucesión liberal planteada en estos términos, por sí misma y por ahora, sólo ofrece el continuismo del sistema existente y la sostenibilidad de Alemán en el poder. Sin embargo, Don Enrique tiene un chance de nueve meses para demostrar que su candidatura no significa la continuidad de cinco años más atrapados en la corrupción de un forzado sistema bicaudillista.

No me toca a mi enumerar las acciones que tiene que

*La posible continuidad en el poder de don Enrique depende de la discontinuidad que pueda establecer con su reciente pasado "de buen subordinado" al servicio público de Alemán.*

tomar Don Enrique para convencer de lo contrario, para probar su inocencia en el pacto y presentarse como un candidato sin responsabilidad en el retroceso institucional que ha vivido Nicaragua en los últimos años. Basta decir que su posible continuidad en el poder depende de la discontinuidad que pueda establecer con su reciente pasado "de buen subordinado" al servicio público de Alemán y de los acuerdos establecidos en el pacto liberosandinista.

En este sentido la ruptura de Don Enrique con el continuismo comienza con una verdadera reforma a la Ley Electoral que garantice su propia legitimidad como candidato más allá del liberalismo. Si el candidato liberal no da señales a lo inmediato de promover una rectificación a las reglas del pacto, tendremos que decir, como dicen en béisbol: es un jugador, que en materia de "probidad política" ya es "out por regla".

# ¿Ortega y Alemán ganaron mañana?

—Cristiana Chamorro Barrios—

**D**e acuerdo a la encuesta de Cinco publicada en el semanario Confidencial y al sondeo privado del Partido Liberal con la firma de Borge y Asociados, si las elecciones fueran hoy, Daniel Ortega prácticamente ganaría en primera vuelta y el otro principal ganador en este escenario seguiría siendo Arnoldo Alemán.

Hoy por hoy, pareciera que las consecuencias del pacto liberossandinista son las que se van a imponer en noviembre próximo, por encima de los partidos y de sus candidatos. Sin ánimos de exagerar Nicaragua está en una situación que me recuerda la de 1974 cuando mi padre, Pedro J. Chamorro Cardenal, con toda objetividad le dio ocho columnas a un titular de LA PRENSA en el que anunciaba: "Los candidatos que ganaron la elección de mañana".

No es que los periodistas seamos adivinos decía aquella nota informativa en la que reconocía que ningún periódico en el mundo puede, diciendo verdad, poner un título informando lo que va a ocurrir al día siguiente. Sin embargo, el diario pudo respaldar su profecía al señalar el hecho de que las votaciones programadas difícilmente podrían alterar los cálculos del pacto liberossandinista de entonces, con el cual se reeligió en el cargo el Gral. Somoza y los diputados y senadores pactistas.

A ocho meses de las elecciones en Nicaragua las encuestas aseguran la victoria presidencial de Ortega en primera vuelta y por efectos del pacto, una importante cuota de poder político para Alemán en la Asamblea Nacional. Según los sondeos de Cinco y de Borge y Asociados, Daniel Ortega reúne un aproximado del 40 por ciento de votos válidos, si se asume una abstención del 20 por ciento.

Sin duda, el posible regreso de Ortega al poder se debe a las dos concesiones que Alemán pactó con el dirigente sandinista a cambio de su diputación, su inmunidad, su impunidad y vigencia política para seguir siendo candidato los próximos cinco años. Los resultados electorales del 90 y 96 evidencian que para Ortega ha sido fácil alcanzar el 40 por ciento que Alemán le dio en la nueva Ley Electoral, en vez del 45 por ciento que anteriormente se necesitaba para llegar a la Presidencia de la República.

El candidato de Alemán, el Ing. Enrique Bolaños obtendría cinco puntos menos, el 34.9 por ciento de la votación y el candidato conservador, Noel Vidaurre, 25.9 por ciento.

En relación a estos números es importante señalar que el candidato sandinista aventaja al liberal con casi los cinco puntos que Alemán también le concedió a Ortega en la reforma constitucional para el caso en que el ganador se ubicara en la banda del 35 al 39 por ciento de los votos.

Es cierto que estas cifras pueden cambiar en los próximos ocho meses cuando inicien las campañas electorales de Bolaños y Vidaurre. Los resultados de las mismas encuestas dan ánimos a estos dos candidatos para

seguir corriendo separadamente en unas elecciones que, al igual que las de 1974 están organizadas y programadas para no alterar los alcances del Pacto político, sino legitimizar ese acuerdo histórico con una alternabilidad bipartidista en la que Alemán siempre gana el próximo 4 de noviembre.

Desde otro punto de vista Ortega si pierde, pierde para siempre él y su partido y si gana logra un título, pero también pierden porque el líder sandinista no tiene credibilidad ni capacidad de convocatoria para organizar un gobierno que restaure la confianza nacional e internacional.

En una victoria o una tercera derrota de Ortega, Alemán gana como diputado del Pacto en la Asamblea Nacional, en la que se mantendría inmune con el control absoluto de su partido, "gobernando desde abajo" ante un posible Ortega debilitado en la Presidencia o un Bolaños sin fuerza en el Parlamento. Obviamente, desde esta perspectiva de Alemán nada es alarmante, porque hasta ahora él ya ganó en noviembre.

En este contexto, es un error de los voceros del supuesto "voto democrático" decir, a como dice Bolaños, que sólo Ortega es su principal contrincante, cuando es el propio Alemán su peor adversario por ser el gran facilitador del regreso de Ortega al poder.

Bolaños hasta ahora sigue siendo un rehén de Alemán, del partido liberal a la medida de su caudillo y de la suerte futura del ex presidente liberal.

La debilidad de Bolaños ante Alemán favorece a Ortega, quien sabrá aprovecharse de esa candidatura liberal hasta ahora limitada por su propio partido. Por otra parte, la inevitable competencia que a Bolaños le impone la fórmula conservadora-liberal de Vidaurre y Alvarado también favorece a Ortega y para colmo, la convicción de los alemancistas de que ante una nueva campaña del miedo Daniel Ortega "no pasará", sólo beneficia los chances del caudillo sandinista.

El gran desafío para el supuesto "voto democrático" no es sólo ganarle a Ortega, sino romper drásticamente con Alemán y derrotarlo desde ahora en el partido, para dar espacio a una convergencia nacional que pueda ganarle a Daniel Ortega. La ruptura de Bolaños con Alemán va a ser creíble sólo si el ex vicepresidente denuncia la forma en que su compañero de vida política, Arnoldo Alemán, se ha enriquecido al amparo del poder y si don Enrique logra tener fuerza propia para conformar una bancada de diputadas y diputados verdaderamente comprometidos con la restauración de la institucionalidad democrática.

De igual manera, quienes dicen representar ese supuesto "voto democrático" tienen la responsabilidad patriótica de lograr que sus candidatos se inyecten de una alta dosis de realismo y desprendimiento político para declinar a favor del otro, en el momento oportuno y no cuando ya sea tarde y algún periódico o noticiero esté diciendo el día anterior a las elecciones del cuatro de noviembre: "Ortega y Alemán ganaron mañana".



# El giro de la Contraloría colegiada

— Cristiana Chamorro Barrios —

**D**ESPUÉS DE UNA LUNA DE MIEL ENTRE el Ejecutivo y la Contraloría colegiada, en la que los contralores debutaron con negligencia, al extremo que se les percibió como burlándose del pueblo, la Contraloría es hoy víctima de una asfixia económica. La tienen disminuida en su presupuesto, presionada con retardamiento en la entrega de los fondos de avances, con más de 90 auditorías paralizadas, y lo peor del caso degradada en su autoridad ante el desacato a sus resoluciones por Ministros de Estado a la vista y paciencia del Presidente de la República.

“Es que al Gobierno le salió el tiro por la culata”, declaró recientemente el ex Contralor Agustín Jarquín en una actitud de reconocimiento al supuesto giro ocurrido en la entidad encargada de fiscalizar el uso de los fondos públicos. En efecto, por algunas razones de fondo que vale la pena analizar, la institución colegiada no ha sido una oficina del Poder Ejecutivo a como se había pronosticado. Tampoco se ha puesto en oposición al mandatario, sino que en un juego de promesas con “manos libres” ha sacado leyes a relucir, como cuando le sacan “la Cruz al Diablo”.

La resolución sobre la ilegalidad de las dietas que ganan los funcionarios del Estado y la disposición de investigar los helipuertos construidos en las casas de la familia Alemán con fondos del Estado, son los últimos dos ejemplos de una Contraloría que por virtud del pacto liberossandinista, se instaló con la línea de restarle importancia a los escándalos de corrupción alrededor de Alemán y la utilización de Enel, INAA, el Ministerio de Transporte y otros recursos estatales en las propiedades recién adquiridas del Presidente, su familia y allegados.

Vale la pena preguntarnos si las señales de independencia en la Contraloría obedecen a una estrategia colegiada entre sandinistas y liberales, si los contralores de dos partidos antagónicos han logrado esos niveles de consenso o si hay algo más que logra insolentarse la rebeldía de los fiscales ante el Ejecutivo a punto de terminar su mandato. Aparentemente no hay ninguna planificación



estratégica entre los contralores. El caso del Contralor Luis Ángel Montenegro es el mejor ejemplo. En las últimas semanas, Montenegro ha expresado criterios y acusaciones sobre el enriquecimiento desmesurado de Alemán. Sin embargo, sus compañeros en la Contraloría colegiada no han cerrado filas con el Contralor sandinista. Por el contrario, uno de sus compañeros liberales me expresó que la confrontación entre Montenegro y el titular del Ejecutivo es un asunto personal y no tiene carácter institucional.

Otros más escépticos creen que los señalamientos de la Contraloría al Ejecutivo “es compadre hablado” entre los contralores liberales y Alemán para complacer a la comunidad internacional y disminuir “la percepción” de cara a la campaña electoral. Es esta una tesis que se pone en duda cuando medimos el costo que el partido en el poder y el propio Alemán han pagado con sanciones de la Contraloría a los hombres del Presidente. Por ejemplo, la terraza Jerez con supuestos fondos Mitch, las indemnizaciones al “Tigre” Quintana, Levy, Solís y otros, la polémica desatada respecto al informe del Banic, los casos de Iniser y aduanas entre otros.

Tampoco es que le salió el tiro por la culata, “Alemán sabía lo que escogía”, me aclara el Presidente de la Contraloría en una entrevista como para despejar dudas y especulaciones. Efectivamente, quienes conocen al Dr. Argüello Poessy lo describen como un “señor cascarrabias, de carácter recio, agrio, duro y rígido, dispuesto a chocar con lo que no le gusta; es uno de esos personajes que es mejor tenerlo de amigo que de enemigo, porque no olvida, ni perdona”, dicen sus amigos de toda la vida y entre éstos Alemán es o era uno de ellos.

Al conversar con el Presidente de la Contraloría uno percibe su esfuerzo por asumir sus oportunidades y responsabilidades en el servicio público desde dos perspectivas históricas muy propias y sin duda, le han impreso su sello personal a la institución colegiada.

Primero, Argüello Poessy ejerce su cargo como liberal y sobre todo es “antichamorrista furibundo”, según sus propias declaraciones. Culpa

a Emiliano Chamorro de todos los males en Nicaragua por haber institucionalizado la cultura del caudillismo, con la cual el contralor parece no contemporar. Segundo, asume sus funciones públicas con un sentido profundo de la transitoriedad del poder. Es un calculador no sólo de sus tiempos, sino del de los funcionarios públicos, del Presidente que termina y de la Contraloría que sigue con el actual presidente contralor hasta el 2005.

Orgullosa de su prestigio, de su independencia económica y orgullosísimo de que mi padre en LA PRENSA lo calificó de “Juez honrado y serio”, el Dr. Guillermo Argüello Poessy pareciera que está tomando la Contraloría como el reto de su vida, más cuando en una pasada de cuentas el mandatario le quitó de las manos la posibilidad de cumplir el sueño de su vida: ser Magistrado de la Corte Suprema y administrar Justicia, un privilegio que “sólo tienen los Dioses y los Reyes”, según lo expresa el Contralor.

Alega que las atribuciones a la Contraloría no son suficientes para hacer lo que la gente espera. Es cierto necesitamos fortalecerla con leyes como la de probidad, que tipifica el delito de enriquecimiento ilícito, el tráfico de influencia y otras normas de combate a la corrupción que han sido engavetadas por la Asamblea Nacional. Lo importante hoy es que en medio de todas sus debilidades y acosos presupuestarios, la Contraloría ha vuelto a la agenda noticiosa con resoluciones que cuestionan prácticas administrativas del propio Presidente de la República.

Es importante aclarar que el Dr. Argüello Poessy no se considera el Contralor de la República, sino la quinta parte de las decisiones, lo suficiente para insolentarse mínimo tres Colegiados que seguramente lo apoyarán en su independencia de Alemán y cuando tome la decisión de hacer justicia al enriquecimiento más repentino, notorio e injustificado de un caudillo en cinco años de gobierno. El Dr. Argüello Poessy nuevamente tiene la oportunidad para decir “pues no” a la corrupción del régimen y honrar sus credenciales de “juez honrado y serio”.

xchamorro@laprensa.com.ni

15-5-2001

# “El día que murió Castro”

— Cristiana Chamorro Barrios\* —

**E**l desmayo de Castro sobre los micrófonos de un podio el sábado pasado y las sucesivas pérdidas del hilo en otros discursos menos publicitados, no sorprendió a los diplomáticos occidentales acreditados en Cuba. “Es justamente lo que se estaba previendo, no es una sorpresa, solamente era cuestión de esperar cómo y cuándo”, reveló un embajador al Nuevo Herald.

En realidad fue una noticia tan esperada que incluso fue previamente anunciada minutos antes de que el gobernante Fidel Castro se desvaneciera. En Miami, el presentador del Canal 51, sin saber lo que estaba ocurriendo en Cuba, dedicaba ese día y esa hora de su espacio televisivo a especular sobre la salud de Castro. El periodista Ambrosio Hernández, haciendo preguntas, describió lo que después transmitió como noticia. Hernández le preguntó a un doctor neurólogo invitado si creía que Fidel Castro terminaría desmayándose en público, como consecuencia de su isquemia cerebral y arritmias cardíacas constantes.

Efectivamente, “El día en que murió Fidel Castro”, epílogo del libro “Viaje al Corazón de Cuba”, de Carlos Alberto Montaner, es un tema presente en todos los análisis sobre asuntos cubanos. Pareciera que la mortalidad del invicto Comandante en Jefe de la Revolución, es finalmente la única salida que todos esperan para liberarse del dictador más antiguo de América. En 1999, tuve la oportunidad de viajar a La Habana invitada por la Asociación de Periodistas Europeos, y me fui leyendo ese libro de Montaner que ofrece una síntesis amena de la historia reciente de la isla, con un sabroso retrato psicológico y antropológico de Castro, pero con un final poco serio para el nivel del análisis.

Montaner finaliza su libro con un capítulo en el que describe la muerte de Fidel Castro en detalles, una ficción que por un lado desvaloriza el contenido del estudio, y, por otro, desafiaba mis convicciones cristianas de no poder deseárselo la muerte a nadie. Sin embargo, para sorpresa mía, en La Habana me encontré que el novelesco final de Montaner es un fantasma verdadero que se pasea por la revolución cubana, en altos y bajos niveles de esa sociedad, sin que uno proponga el asunto como tema de conversación.

Por supuesto, unos más a la defensiva que otros, como el canciller Felipe Pérez Roque, quien sin que nadie se lo preguntara en una conferencia ante periodistas europeos y latinoamericanos dejó ver que ellos hablan de una Cuba sin Fidel Castro cuando, en referencia a sus relaciones con la Unión Europea y Estados Unidos, dijo: “La negociación es con Castro y no después. Nosotros los que le seguimos somos Mushdaines, combatientes de Alá”.

El gran historiador y restaurador de la ciudad, Eusebio Leal, un hombre respetado dentro y fuera de Cuba, no rechazó hablar del tema cuando le pregunté sobre la tesis de Montaner, que señala a Leal como el hombre del círculo íntimo



del castrismo, quien según “El día en que murió Fidel Castro” es el que va a dar un giro de timón logrando que Cuba no siga siendo la excepción política y económica de Occidente. El historiador que ha hecho de la ciudad una joya en la que se mezcla lo viejo con lo nuevo y lo destartado que no se restaura con el esplendor de una época pasada, rechazó la especulación de Montaner como “un disparate simplista”.

Pero en la calle, el taxista, el mesero, la camarera, el estudiante y todo el que uno se encuentra es verdad que no parecen dispuestos a levantarse en armas en contra del régimen, pero hablan de estar a la espera de que algo pase. ¿Qué quisieran que pase?, pregunté yo a cada uno de mis interlocutores populares, y obtuve una misma respuesta nerviosa: “¡Mejorar, chica! ¡Mejorar, pero hay que esperar!”, sin poder explicar qué es lo que esperan que pase.

*Pareciera que la mortalidad del invicto Comandante en Jefe de la Revolución, es finalmente la única salida que todos esperan para liberarse del dictador*

¿Y qué es lo que se puede esperar? Juan Tamayo, periodista del Miami Herald y especialista en asuntos cubanos, trató de responder a esta interrogante histórica haciéndose varias preguntas a raíz del desmayo público de Castro. Tamayo se pregunta sobre lo que puede pasar “el día después del funeral”, que es como hablan los analistas norteamericanos: “¿Se levantarán los opositores a Castro dentro de la isla cuando se conozca la noticia de su muerte? ¿Se desplomará rápidamente su sistema comunista? Si así no fuere, ¿quién lo seguirá? ¿Serán capaces sus sucesores de controlar las riendas del poder tan firmemente como él lo hizo? ¿Y cómo reaccionará Washington?”

La idea de una Cuba sin Fidel es una realidad que circula con libertad dentro y fuera de la Isla, incluyendo círculos afines al régimen, que según reportes periodísticos, hablan con más temor del “General” Alzheimer, que del general Collin Powell. Castro ya no puede controlar estos pensamientos que conspiran en el silencio de las “tareas revolucionarias”, y junto con los disidentes esperan un momento dentro de Cuba. No saben cómo ni cuándo llegará ese día para actuar y hacer su transición como se habló entre periodistas en ese encuentro iberoamericano en La Habana hace dos años.

Adam Michnick, director del periódico polaco “Gazeta Wyboreza”, en nombre del grupo de latinos y europeos propuso a los cubanos “un diálogo sin revancha para Cuba”.

“Las transiciones pacíficas españolas, chilenas, húngaras, polacas y nicaragüenses son el mejor regalo para nuestros hijos”, agregó el periodista que con su pluma fue uno de los artífices de la transición en Polonia. Admirador confeso del proceso nicaragüense, invitó a los colegas periodistas de Cuba a inspirarse en estos dos modelos: “Que el gobierno, siendo fuerte, acepte el diálogo, la negociación, y que por su parte toda la oposición renuncie a la filosofía de la revancha” ese día que todos esperan y del que todos hablan.

xchamorro@laprensa.com.ni

30-6-2001

# Mis preguntas a Estados Unidos

—Cristiana Chamorro Barrios—

**E**N EL HIPOTÉTICO CASO QUE DANIEL ORTEGA GANE las elecciones y se le ocurra nombrar de Canciller a uno de sus tres hombres: Cerna, Baldoano o Borge, recientemente declarados "non gratos" por el Departamento de Estado, ¿qué haría Estados Unidos?, le pregunté al representante del gobierno del presidente Bush, John Keane, después de su discurso en Pittsburg: "La importancia de las elecciones en Nicaragua para Estados Unidos y el Hemisferio".

"No comment", dijo primero en inglés y en seguida agregó "creo que Daniel Ortega es más inteligente de lo que yo pienso". Interesada en conocer de las acciones que tomaría Estados Unidos hice mi segunda pregunta: ¿La administración Bush pondría como condición a un gobierno presidido por Ortega, que se deshaga de sus más cercanos colaboradores para poder entablar relaciones diplomáticas?

"No puedo contestar preguntas hipotéticas, pero debo decir que Estados Unidos respetará los resultados y estamos obligados a replantear nuestra visión", dijo Keane, luego de admitir el desconcierto que causa dentro del Gobierno de Estados Unidos el posible regreso de Daniel Ortega al poder. "Verdaderamente no sé si nuestra política va a cambiar algo en relación a los sandinistas, lo que sí puedo decir es que Estados Unidos va a ser implacable con cualquier país que preste su territorio al terrorismo".

John Keane es un hombre de hablar suave y tiene a su cargo Centroamérica, el Caribe y Canadá en el Departamento de Estado. El mayor énfasis de su discurso lo puso en la parte que dice "Estados Unidos no puede olvidar el pasado del Frente Sandinista en el poder".

Es cierto, nosotros no olvidamos "su pasado de pisotear libertades cívicas, destruir la economía y mantener lazos con quienes apoyan el terrorismo". Tampoco podemos olvidar lo que hicieron los Somoza, ni olvidaremos el reciente pasado corrupto y destructivo de la institucionalidad democrática durante la administración Alemán-Bolaños. Sin embargo, hemos aprendido a perdonar para poder lograr una mediana paz y tener un país en donde vivir.



Le pregunté entonces si Estados Unidos le daría un chance a Nicaragua y perdonaría a un pueblo decepcionado con lo que tiene, en caso decida votar por el candidato del pasado.

Enviamos un mensaje claro, reiteró Keane, y explicó que ellos están observando conductas que ilustran prácticas de comportamiento y no han visto que el Frente Sandinista cambie. Los que cuestionaron a Ortega fueron expulsados y los que tienen un pasado cuestionado son los que rodean al candidato, quien tendrá que tomar decisiones, sentenció el delegado del Presidente de Estados Unidos.

Cuando me preguntaron a mí, como única nicaragüense en esa conferencia de la Universidad de Pittsburg, ¿qué impacto tendría en Estados Unidos el regreso de Ortega al poder? Respondí primero preguntando ¿de qué estaría hablando el gobierno del presidente Bush, la prensa norteamericana y académicos reunidos allí si fuera otro el candidato del Frente Sandinista?

Quizás olvidados como nuestros vecinos centroamericanos en Honduras y Costa Rica, cuyas elecciones en noviembre y febrero próximo respectivamente parecieran que no tienen el mismo interés noticioso. Es trágico que Estados Unidos no pueda ver a Nicaragua más allá de un caudillo, sus pretensiones y sus tres mosqueteros. Proponse convertir la tragedia de un posible Ortega otra vez, en una oportunidad para observar Nicaragua al margen de la coyuntura electoral y darnos un chance independientemente de quien gane.

Nicaragua es un testimonio de que no basta tener elecciones para estar libre de una reversión democrática, como la que resultó de la administración Alemán-Bolaños. Por otra parte, Ortega representa la antítesis de la democracia en la década de los 80. Ambos candidatos son hijos naturales de un pacto oprobioso, son expresiones de dos distintos fracasos democráticos y ofrecen iguales niveles de incertidumbre: Bolaños en lo político y Ortega en lo económico.

El caso de Ortega y Estados Unidos depende también de la voluntad de la administración Bush para reaccionar ante el caudillo sandinista en la actualidad de Nicaragua en el 2002 y de su inteli-

gencia para manejar a un Ortega más débil que antes, en favor de su política de seguridad nacional. La pregunta de fondo es si Estados Unidos va a respetar la decisión soberana de un pueblo, si va a ver hacia adelante y actuar en función de hechos y no de un pasado al que nadie quiere volver.

Me pregunto también, y si gana Bolaños, ¿nos van a poner atención o nos van a olvidar?, así como ahora su posible victoria no es tema para la prensa norteamericana, ni aparece en los discursos del Departamento de Estado, ni en conferencias en EE.UU., ni entrevistas sobre la base de cuatro preguntas: 1. ¿Por qué Ortega puede ganar?. 2. Temas de campaña. 3. El impacto de un triunfo sandinista en EE.UU. y 3. El papel de los medios de comunicación en las presentes elecciones.

Un mal comienzo, por la natural desconfianza existente, puede provocar una fuga de capitales agravando la difícil situación económica en que nos deja el actual gobierno, lo que a su vez aumentaría la emigración hacia Estados Unidos. Por otra parte, las posibilidades de una real integración centroamericana y de su incorporación al ALCA, se reducirían sustancialmente al no atreverse los países vecinos a sentarse con un Ortega, si Washington se niega a darle un chance a Nicaragua con el posible Presidente electo.

Nicaragua necesita un voto de confianza, más allá de los candidatos y del Presidente que resulte electo. Después del 11 de septiembre los nicaragüenses queremos ser de los nuevos amigos de Estados Unidos, de esos que el periodista Andrés Oppenheimer, del Nuevo Herald, sugiere en su artículo "Estados Unidos y el fin del unilateralismo", que dice así:

"Ahora que la seguridad nacional es la prioridad, el Presidente norteamericano deberá entender que Estados Unidos no podrá ganar esta guerra sin la ayuda de viejos y nuevos amigos. Ya se trate de aumentar los intercambios de inteligencia o hacer operaciones militares conjuntas, necesitará más y mejores amigos en el mundo".

Al final del día, gane quien gane, Nicaragua tiene la última palabra en su nueva relación con Estados Unidos.

La autora es periodista  
xchamorro@laprensa.com.ni

76.10.2001

# Las oportunidades de enero

—Cristiana Chamorro Barrios—

**I**NDEPENDIEMENTE DE LOS RESULTADOS QUE salgan de la próxima "Pre-Convención" liberal y la "Consulta Popular" sandinista, lo importante es que en esos dos eventos políticos, Alemán y Ortega van a perder control hegemónico sobre un amplio sector de sus partidos.

Hasta hace poco, los discípulos del sandinismo y el liberalismo ortodoxo no se atrevían a decir públicamente lo que pensaban de sus dirigentes y menos desafiar la hegemonía de sus caudillos. Los preparativos para los dos grandes encuentros políticos de este mes, en que ambos partidos seleccionarán sus candidatos a la Presidencia, han servido para sacar a luz pública las profundas diferencias que guardan con el Presidente Honorario del Partido Liberal y al Secretario General del Frente Sandinista algunos de sus más destacados "hermanos y correligionarios".

Los choques entre las viejas guardias que no quieren ceder espacio y los aspirantes a una democratización de esos partidos, por ahora se han resuelto con la moda de las inhibiciones, que no son más que manifestaciones de fuerzas débiles y cobardes ante la posibilidad de una competencia justa.

En el lado liberal, la "rebelión" adquirió su mayor expresión recientemente con el respaldo de don Jaime Cuadra al Lic. Eduardo Montealegre y además, con el grito de independencia de José Rizo, quien sin salirse del partido ha entrado en abierta confrontación con Alemán y su poder "prebendario" del que abusa para cooptar el partido. Paradójicamente, Alemán es ahora el principal adversario político de estos dos sectores del liberalismo.

Ninguno de ellos esconde su decepción en una lucha desigual en contra de la voluntad "autocrática" del "jefe", quien durante las fiestas de diciembre y Año Nuevo pasó tejiendo los hilos de la ilegalidad partidaria, las prebendas y la coacción sobre convencionales y otras fuerzas políticas para conservar el poder que se le termina este año con las elecciones presidenciales.

Lograr que el voto sea secreto en la "Pre-Con-

vencción", es aparentemente la única esperanza de los candidatos liberales que desafían a Alemán. Ellos apelan a este instrumento fundamental de la democracia para rescatar la conciencia y la dignidad de los convencionales de ese partido, el que después de la selección del candidato tendrá dos oportunidades: fortalecerse ajustándose a un proyecto de nación que sólo es posible independizándose de Alemán, o debilitarse respaldando al futuro diputado del Pacto Liberosandinista.

El posible "dedazo triunfal" de Arnoldo Alemán en la "Pre-Convención" del próximo domingo le restará legitimidad a ese candidato liberal ante el electorado nicaragüense y asimismo, profundizará la crisis entre el propio Alemán y las figuras relevantes del partido que promueven su democratización. Si gana la dictadura del "dedazo", Alemán pierde autoridad moral y política para negociar la unidad del supuesto "voto democrático".

A los candidatos liberales aplastados por la dictadura del partido y maltratados por su líder, se les va a dificultar seguir guardando las espaldas al "hombre", que con sus torpezas los desprestigia. El liderazgo de Alemán comenzará a diluirse, al ritmo que sus nuevos rivales políticos ventilen los atropellos a los estatutos partidarios y las irregularidades cometidas por el Presidente del Partido que hace lo que le dice el Presidente de la República.

Los inhibidos de Alemán tienen dos oportunidades: agachar la cabeza y por temor al sandinismo plegarse a la voluntad de Alemán en un partido sin prestigio y sin espacio para trascender. La otra salida es sacudirse la traición de su ex jefe, buscar nuevas opciones verdaderamente democráticas y reconocer públicamente que Alemán impide la unidad de los demócratas en Nicaragua.

Es un error creer que esta última posición ensancha las puertas para el peligroso retorno de Daniel Ortega al poder. Por el contrario, es la debilidad y el conformismo de las fuerzas democráticas en alianzas antidemocráticas alrededor de un liderazgo corrupto, lo que fortalece la posibilidad de un regreso de Ortega, cuestionado y desafiado en su mismo partido, como una amenaza real pa-

ra la estabilidad y seguridad futura de Nicaragua.

A diferencia de Alemán y su partido, Daniel Ortega pareciera que no va necesitar de fraude, ni trampas para ganar la supuesta "Consulta Popular" sandinista. Sin embargo, al igual que en el partido liberal, la posible victoria partidaria de Ortega quedará atrapada y disminuida en la contradicción de los resultados y los justificados temores de la población y la comunidad internacional a su candidatura.

Sus rivales políticos en esta especie de primaria sandinista tendrán la satisfacción personal que dicen tener en una misión imposible: intentar democratizar el totalitarismo desde adentro. Sin embargo, no tendrán credibilidad para justificar, defender o promover la candidatura de Ortega con quien han querido establecer diferencias profundas en sus discursos de campaña.

Los candidatos sandinistas, Alejandro Martínez por su lado y Víctor Tinoco por el suyo, han establecido distancia entre el caudillo que divide el país y ellos, que se presentan como nuevos líderes del sandinismo, con un proyecto de unidad y propuestas de consensos democráticos con distintas fuerzas políticas.

Al igual que los liberales, las fuerzas sandinistas de Martínez y Tinoco tienen dos posibilidades ante otra victoria de Ortega en el partido: agachar la cabeza y soñar despiertos con mejores oportunidades partidarias en el 2005 o buscar nuevas opciones verdaderamente democráticas y rechazar la candidatura de Ortega como un peligro que nos llevaría de nuevo a la postración de Nicaragua.

Los resultados previstos en la "Pre-Convención" liberal y en la "Consulta Popular" sandinista tienden a debilitar el liderazgo de los caudillos. Sorpresas de última hora, con la victoria de un candidato independiente será también un golpe al bicaudillismo.

Cualquiera de estas dos únicas oportunidades deben ser aprovechadas por las fuerzas democráticas del país para promover una verdadera Convergencia Nacional, una tercera vía sin Alemán y sin Ortega, que son figuras de un pasado oprobioso que no debe volver, ni repetirse en la Nicaragua del Siglo XXI.

xchamorro@laprensa.com.ni

